

# El deporte de la felicidad extrema. Una sociología de las políticas de crecimiento ‘endógeno’

A. Javier IZQUIERDO MARTÍN  
UNED  
jizquier@poli.uned.es

Recibido: 28-4-90

Aceptado: 8-1-10

## RESUMEN

Proponemos aquí un cierto ejercicio de aproximación sociológica a la nueva ciencia universitaria y político-administrativa del ‘crecimiento económico endógeno’, considerada desde el punto de vista de las corrientes emergentes de la cultura contemporánea. El modelo estándar de análisis económico de la actividad mercantil en términos de productividad cuantitativa y competitividad estratégica converge extrañamente con la visión keynesiana heterodoxa de la economía de mercado como modalidad *sui generis* de ‘concurso de belleza’. El texto se abre con una introducción a la moderna ciencia analítica del crecimiento económico. A continuación examinamos el espíritu ‘deportivista’ de las últimas tendencias en materia de políticas públicas de intervención sobre el largo plazo económico: la moda del I+D, el *long-life learning* y la universidad-empresa. En el apartado final, basándonos en el registro publicado de estudios sobre cierto fenómeno emblemático del ocio hedonista contemporáneo –la búsqueda de ‘estados de felicidad extrema’– concluimos que la estética del ‘*kitsch* de masas’ es el correlato necesario de la insurgente ‘sociedad del conocimiento’.

**Palabras clave.** Sociología económica, sociología de la cultura, sociología del consumo, crecimiento endógeno, Eurovision, estudios *queer*.

The sport of extreme happiness. A political sociology of growth  
'endogenous'

## ABSTRACT

This work sketches a sociological approach to the new science and politics of ‘endogenous economic growth’ from the point of view of contemporary culture. The standard economic analysis of market activities considered in terms of quantitative productivity and strategic competitiveness has a weird companion in the unorthodox keynesian vision of the market economy as a variety of ‘beauty contest’ *sui generis*. The paper opens up with an introductory part on the modern economic science of economic growth. Next we examine the ‘sport-like’ spirit of fashionable economic policies targeting long-term economic outcomes. In the final part, building on sociological research about a distinctive topic of contemporary hedonistic consumption – the search for states of ‘extreme happiness’-, we conclude that the mass aesthetics of ‘*kitsch*’ is a necessary correlate that accounts for the existence of the so-called ‘knowledge society’.

**Keywords:** Economic sociology, sociology of culture, sociology of consumption, endogenous growth, Eurovision Song Contest, Queer studies.

### REFERENCIA NORMALIZADA

Izquierdo Martín, A. J. (2010). El deporte de la felicidad extrema. Una sociología de las políticas de crecimiento 'endógeno'. *Cuadernos de Relaciones Laborales Vol. 28, núm. 2, 2010*, 209-232.

**SUMARIO:** 1. La ciencia de los milagros. 2. Innovar y dopar (Estudio Estadio). 3. Keynes iba en serio cuando comparó la competencia económica con un concurso de belleza. 4. Bibliografía

### *A la memoria de Andrés Bilbao Sentís*

*Si renuncias a tu estilo de juego y pierdes, ¿qué te queda?*  
(Michael Laudrup, ex-futbolista y entrenador)

## I. La ciencia de los milagros

El moderno análisis matemático de las causas del crecimiento económico, que tiene en el economista austriaco Joseph Schumpeter y en su concepto de “destrucción creativa” respectivamente su gran figura totémica y su principal acertijo académico, se constituyó verdaderamente en área legítima de investigación científica con la publicación en la década de 1950 de los trabajos matemáticos del economista estadounidense y profesor del Massachusetts Institute of Technology (MIT) Roberta M. Solow. Trabajos que le valieron el Premio Nóbel de ciencias económicas en 1987.<sup>1</sup> Sucintamente, esta primera versión modernista del crecimiento de la productividad total o agregada de los “factores de producción” (tierra, trabajo y dinero), postulaba, en primer lugar, la existencia de una tasa positiva de ahorro de las familias. Tasa de ahorro positiva de signo y aun de magnitud significativa en relación con el ingreso agregado de la nación. Y en segundo lugar un tipo subjetivo de descuento temporal de las rentas futuras (o tipo de interés) suficientemente bajo. Esto es, tan bajo como para hacer que los beneficios naturalmente decrecientes que los economistas de la época consideraban propios de mercados de inversiones perfectamente competitivos bastasen y sobrasen para procurar un crecimiento neto y soseido del *stock* o fondo de capital acumulado en dura lucha contra depreciación y obsolescencia. De este modo, la razón entre capital y trabajo, derrotada la demografía laboral poco menos que por decreto algebraico, iría en constante y pacífico aumento.

---

<sup>1</sup> Las dos referencias fundamentales del trabajo de Solow sobre la teoría del crecimiento económico son el artículo “A Contribution to the Theory of Economic Growth”, publicado en el número de febrero de 1956 del *Quarterly Journal of Economics*; y “Technical Change and the Aggregate Production Function”, aparecido en agosto de 1957 en la *Review of Economics and Statistics*. Para una exposición puesta al día de estas contribuciones véase Solow (1992).

En el modelo neoclásico de Solow, productividad industrial y renta *per capita*, enfrentadas contra el crecimiento putativo de la población total en edad de trabajar, salen siempre vencedoras. ¿Siempre? Bueno no, siempre no, pues persiste en Solow el mito limítrofe de la “muerte térmica económica”, el punto de parada lógica del crecimiento ilimitado, allí donde los precios y las cantidades entran en ebullición desordenante. «La teoría neoclásica del crecimiento, como la desarrollaron Solow (1956) y sus seguidores, ha dominado el pensamiento económico sobre el largo plazo o los movimientos ‘tendenciales’ en el ingreso *per capita* durante más de tres décadas. Solow centró su atención en el proceso de formación del capital. El ahorro agregado, afirmaba, financia las adiciones al fondo nacional de capital. Una economía con una tasa inicial baja de capital-trabajo tendrá un alto producto marginal del capital. Entonces, si una fracción constante del ingreso generado por una nueva pieza de inversión en equipo se ahorra, la inversión bruta en nuevos bienes de capital excederá la cantidad necesaria para compensar depreciaciones y para equipar a nuevos miembros de la fuerza de trabajo. A lo largo del tiempo, el capital por trabajador se incrementará, lo cual (con rendimientos de escala constantes y una tecnología fija) generará un declive del producto marginal del capital. Pero si el producto marginal continua descendiendo, el ahorro generado por los ingresos generados por el nuevo capital caerá también, y finalmente sólo será suficiente para reemplazar las máquinas caducas y equipar a nuevos trabajadores. En este punto la economía entra en un estado estacionario con un nivel de vida inmóvil.» (Grossman y Helpmann, 1994: 25).

Los más tempranos críticos académicos de este primer de modelo neoclásico estándar de la mecánica del crecimiento económico -entre los que destacó sobre todo la escuela del “capital humano” (W. Arthur Lewis y luego la *Chicago version* de Gary Becker)- comenzaron por darse cuenta de que los modelos de Solow y sus seguidores, contruidos como estaban internamente, unidos por el duro cemento de los rendimientos decrecientes-constantes de las inversiones de capital y la convergencia a largo plazo del nivel de vida de las distintas economías nacionales, habían conducido a la historia económica a un callejón sin salida. En efecto, la teoría marginalista de la acumulación lineal del capital se da de narices con la evidencia histórico-estadística más plana. Por un lado niega el sentido empírico de las series de datos temporales de más largo recorrido, en las cuales se observa más bien una tendencia de clara divergencia, persistente en varios siglos, entre los niveles de producto-renta y sus derivadas primeras (tasas de crecimiento) de los países desarrollados y los países subdesarrollados respectivamente. Entre ricos y pobres la distancia histórica, dicen las cifras, no ha cesado de aumentar (al menos desde que existen las cifras). Por otro lado, los dichos modelos matemáticos no eran capaces de proporcionar un correlato lógicamente determinado de otra observación fundamental lograda por los trabajos estadísticos inaugurales sobre métodos de contabilidad nacional de los factores de crecimiento: la persistencia tenaz del ‘residuo de regresión’ que obtiene el econométra cuando se aplica a estimar la relación causal supuesta entre el crecimiento del producto bruto y el crecimiento de la mano de obra y el capital físico.

El problema era que los economistas no sabían como hacer para determinar ecuacionalmente esta importante fracción del aumento prolongado del índice general que llaman «productividad total de los factores» (*total factor productivity* o TFP en la taquigrafía de Solow) *no* atribuible ni a la masificación de la población laboral, ni a la intensivización del uso de la maquinaria, ni a la colonización-urbanización de nuevos territorios, sino, presuntamente, a la evolución del fondo acumulado de conocimientos científicos y técnicas aplicadas. No sabían cómo hacer para programar líneas de comando efectivas en los flamantes ordenadores que habían empezado a instalar en sus laboratorios econométricos.

El modelo del crecimiento económico de Solow volvía a esculpir en letras de acero a la puerta de la academia el viejo axioma aristotélico del intercambio puro: nadie da nada por nada, siempre que juegas ganas o pierdes y todas las demás memeces que se dicen a la salida de los entierros. Formulado de manera más ‘técnica’: el *valor-precio* de un bien ha de poder determinarse igualándolo al coste de producción de la última unidad que pueda ser vendida *in extremis* antes de que cierre el mercado por hoy. Este resultado analítico se sostiene sobre una serie de hipótesis auxiliares que se ofrecen al estudioso novato algo así como una vena yugular o talón de Aquiles programático sobre el que poder lanzarse a degüello a fin de hacerse un nombre en el mundillo: los consumidores han de poder ser intercambiables, también las máquinas se deben poder sustituir entre sí, los productos han de ser de calidades homogéneas y no inconmensurables entre sí. Finalmente, y lo más importante de todo: las técnicas y conocimientos útiles a la producción hay que considerar que son el negocio de otro, de físicos e ingenieros, no de economistas. «Hay que dejar las cosas de la física a los físicos, Paul», le decía al joven aprendiz de cosmólogo (Warsh, 2006: 197) su director de tesis en la Universidad de Chicago, el Premio Nóbel Robert Lucas. La tecnociencia entonces es, por definición, exterior a la economía, un factor de producción *exógeno*. (En las matemáticas de la teoría de conjuntos, *endógeno* se dice *convexo*. Más precisamente, en teoría de conjuntos se llama *no convexidades* a los fenómenos exógenos o no determinados en el modelo).

Por cierto que del dogma de la exogenidad económica de los intercambio físicos del hombre con el medio solía extraerse también, sin mucho más pensar, un corolario bastante llamativo: la existencia de un límite máximo para el *tamaño* de las unidades de producción discretas en una economía de mercado en equilibrio dinámico que maximiza intertemporalmente la riqueza. Dicho en notación extensa: que la producción comienza siempre a decrecer una vez rebasado un cierto umbral arbitrario de extensión geográfica de la fábrica-empresa. En el límite asintótico de la función matemática de crecimiento neoclásico, cada empresa autónoma de búsqueda de beneficios es, tomado en relación con el tamaño total del mercado en el que se mueve, un “conjunto de medida cero”. Nadie es ni podrá ser capaz de ejercer una influencia estratégica o de perpetrar una manipulación sostenida, al alza o a la baja, de los precios de equilibrio que predice la gran teoría matemática unificada de la competitividad generalizada. De suerte que, en esta utopía económica promovida de los laboratorios de la carrera espacial estadounidense, a las empresas se les llama

*prices-takers*, seres aceptadores de precios, masticadores de cifras (*number crunchers*), robots que se alimentan con los números que fabrica el mercado, los precios del mercado, y no demonios de Maxwell capaces de hacer su conveniencia burlando al calor con el frío y viceversa.

Resumiendo que, entre los años 50 y 60 del pasado siglo XX, los economistas anglo-americanos llegaron a considerar lógicamente inconcebible el hecho de que el producto agregado apropiado por los nacionales de un país cualquier pudiese en algún instante dado crecer de manera *exponencial* (Georgescu-Roegen, 1986; Lucas, 1993). Algo que, sabían bien, ha sucedido repetidamente en la historia económica más inmediata. Un ejemplo bien conocido es lo ocurrido con los resultados económicos de Gran Bretaña durante buena parte del siglo XIX, y luego en EE.UU. entre fines del siglo XIX y principios del XXI. Y en Alemania, Italia y Japón tras la Segunda Guerra Mundial. También en España entre 1950 y la actualidad. Y últimamente en Corea del Sur durante un mismo período algo más breve. El enigma que necesariamente se escondía tras la robustez estadística del residuo tecnológico de Solow era éste: la acción controlada de los factores tradicionales, trabajo y capital, incluso los de los bienes raíces, explicaba tan sólo entre un tercio y un cuarto del crecimiento observado del PIB de un país a lo largo de períodos de más de cincuenta años. El resto, esa sobra que según las distintas etapas de su estimación había ido creciendo desde el 27%, al 52 y luego hasta el 80 para acabar en el 99% de la riqueza total en manos de los nacionales de cada país, solía ser atribuido improvisadamente a la acción exterior inespecífica de algún meteorito científico avistado desde debajo de un manzano por genio atribuladísimo. (El residuo de Solow ha sido también definido por su autor como «la medida de nuestra ignorancia», pues cuanto más crece en su estimación estadística más nos obliga a reconocer que no tenemos ni idea de cómo funciona *esto*: las causas *ignoradas* de la riqueza ignorante de las naciones).

Al menos desde que John Stuart Mill escribiera sobre ello allá por el año mil ochocientos treinta y pico, los economistas tenían entendido que el aumento de la eficacia de los procesos productivos no podía deberse a otra cosa más que a la «mejora progresiva de la comprensión humana del funcionamiento de los procesos físicos.» Para convertir esta hipótesis en cifras determinadas dentro de una estructura funcional de relaciones lógicas entre variables matemáticas era necesario llegar a estabilizar informáticamente una observación de carácter mas bien evasivo, tal cual la evidencia de la naturaleza *acumulable* y aun infinitamente acumulable de los descubrimientos científicos y las innovaciones o mejoras tecnológicas. Pensar las leyes de la tecnociencia como si fuesen leyes económicas e ir aun un poquito más allá: modificarlas por decreto-ley. Ahí está la cosa, el quid, el Santo Grial, la rueda y el Mediterráneo, para quien se atreva a cruzar el límite trazado por aquel genial matemático rumano que alegró los últimos días de Joseph Schumpeter (Georgescu-Roegen, 1996).

A comienzos de la década de 1980, con la nueva moda de estudios universitarios que dio en bautizarse ‘macroeconomía del crecimiento endógeno’, se importaron al estudio del crecimiento económico nuevos y flamantes modelos microeconómicos de equilibrio parcial en condiciones de competencia imperfecta, así como las matemáticas de los juegos de información incompleta y la topología de redes sociales que dichos

modelos traían incorporadas de fábrica (Izquierdo, 2002). Estos útiles de análisis que tan bien habían servido a los economistas de empresa y de despacho de abogados yanqui en su conquista del derecho mercantil *off-shore* (Dezalay, Trubek, Buchanan y Davis, 1994), tuvieron aquí un éxito enorme aplicados a destripar geométrica y algebraicamente todos los pequeños trucos de magia social que habían convertido a la «productividad total de los factores» en el opaco y abisal «residuo de Solow»: los desbordamientos de conocimiento (*knowledge spillovers*) y las externalidades de red (*network externalities*); en fin, los rendimientos crecientes de escala (*increasing returns*). Fue, sí, la rama académica de la microeconomía de la organización industrial la que, al desvelar las tramas y las trampas legales, las instituciones sociales –vgr. ‘*las ideas*’- escondidas bajo las cifras estadísticas del residuo tecnológico de Solow, condujo a la empresa ilustrada que inició Adam Smith en el siglo XVIII, la investigación sobre por qué hay países pobres y países ricos, a las puertas de su apoteosis milenarista *cyberfreak*.

Los economistas de la organización, los verdaderos «hombres organizacionales» de Barnard (Chester), están familiarizados, dolorosa y gozosamente familiarizados con la experiencia de la *mejora* de las técnicas de organización de la producción y el comercio. Saben que la *progresía*, en materia de costos, va de la mano con la presencia de un conjunto de normas mercantiles no escritas o, como reza el eufemismo académico al uso, *no clásicas*. Se trata, en general, de todas aquellas acciones dedicadas a fastidiar, aunque sólo sea un poquito, a la competencia por temor a que nos estén fastidiando o quieran fastidiarnos ellos a nosotros. El gasto (hoy ‘inversión empresarial’) en el sostenimiento de laboratorios de investigación de nuevos productos y servicios comercializables y el registro de derechos de propiedad industrial e intelectual (marcas, patentes y derechos de copia) son, por este orden, las dos costumbres más civilizadas y demoledoras a efectos de joderle el negocio al prójimo. A causa (y a pesar) la infrautilización social del fondo de conocimiento público que ocasionan, las rentas de monopolio que garantizan las patentes industriales son el incentivo económico por antonomasia para incurrir empresarialmente en gastos de investigación y desarrollo.

Si bien es sabido de todos, productores y usufructuarios que las imperfecciones técnicas de esta figura jurídico-mercantil tan estafalaria como sutil que es la propiedad intelectual (Besen y Raskind, 1991; Boyle, 1996) impiden asegurar plenamente la apropiación exclusiva, por los poseedores de los derechos legales, de los benéficos pecuniarios (infinitamente subramificados hasta la capilaridad microsocia de una fiesta de cumpleaños con música de fondo) derivados de la puesta en el mercado –«a disposición del público» como se dice en *lingua* legal- de inventos, logotipos, palabras encadenadas armónicamente y secretos a voces de toda suerte material. Estas fisuras naturales del sistema policial de protección de la información en tanto que propiedad privada producen lo que los economistas que se han ocupado del asunto han dado en llamar “desbordamientos de conocimiento” (*knowledge spillovers*) (Sala i Martín, 1994: 95-101). Algo así como grietas –‘externalidades’ otrora llamadas- en las tuberías de conducción de la pasta, a través de las que se filtra el valor-información que circula por las redes de precios que definen las fronteras del mercado. Estos “vertidos de sabiduría pecuniaria” terminan cayendo en manos de demasiada gente a un precio que

no es de recibo, como diría uno de derechas. En vez de disolverse progresivamente con el aumento de la escala espacio-temporal de los fenómenos económicos cual una gota blanca en el océano azul, los efectos altamente contaminantes de estos vertidos ilegales de saber hacer tecnológico tienden a auto-alimentarse y a crecer en proporción con el tamaño de la muestra (del mercado).

Esta es la ¿sencilla? cadena de razonamiento del economista de la generación X, el *Star Trek economist* (Warsh, 2006: 341)<sup>2</sup>: en el mundo hay cosas y hay ideas; las cosas se gastan, las ideas no. Con este abracadabra los *techies* de Harvard, Stanford, Chicago y el MIT quieren convulsionar hoy los cimientos de la más «cargante» y urgente *technociencia* ambulante, la teoría de la pobreza y la riqueza. Sin embargo nada resulta tan obvio como la observación de que estas verdades del barquero tan novísimas, han sido siempre de dominio público. En efecto: nada nuevo bajo el sol, podría parecer, todos los niños del mundo aprenden bien temprano qué es un regalo y que los regalos *son*, existen, son reales. Pero los científicos, siempre un poco niños, siempre muy suyos, no paran cuidados con las obviedades. Y para dar carta de naturaleza al conocimiento de sentido común de que el dinero cae del cielo era imprescindible renovar primero el arsenal de formalismos matemáticos admisibles en la práctica de la ciencia económica. El dilema civil de los ‘vertidos pecuniarios’ hubo de ser traducido en notación algebraica para poder patentado como modelo de utilidad.

«Estamos entrando, estamos entrando, ¡atención, estamos entrando!», se dijeron los unos a los otros, niños asustados en la cueva-desván del abuelo, todos en edad de merecer. Por fin estamos entrando en el corazón de los milagros. Todos los monstruos ancestrales de la razón economista habían sido conjurados, sin querer como quien dice, por la tesis doctoral del príncipe de los aprendices de brujo: Paul M. Romer, estudiante del MIT, profesor en Chicago, Rochester y Stanford, e investigador del Instituto Canadiense de Investigaciones Avanzadas (Warsh, 2006: 323).

«La teoría neoclásica del crecimiento económico explica el crecimiento en términos de la interacción entre dos tipos básicos de factores: tecnología e *inputs* convencionales. En el siguiente nivel, los insumos convencionales se subdividen en capital físico, trabajo y capital humano. La separación inicial entre tecnología e *inputs* convencionales es prometedora, porque la tecnología difiere de los otros *inputs*. Sin embargo, por razones técnicas, la teoría neoclásica proyectó esta separación sobre la dicotomía teórica entre bienes públicos y privados. Esto significa que la teoría conduce a un callejón sin salida cuando uno trata de comprender los detalles [económicos específicos] de la tecnología en un segundo estadio de análisis... En este modelo [neoclásico] la tecnología *no se corresponde con ninguna cosa real.*» (Romer, 1996: 203, cursivas mías).

Parémonos aquí a pensar un momento.

---

<sup>2</sup> El economista *Star Trek* es el avatar audiovisual del *cyborg economist*, el gran robot humano americano postulado por Mirowski (2002).

Y sigamos ahora leyendo: «Es posible entender el capital en términos de cosas como máquinas herramientas que pueden ser observadas, pero para una descripción de la tecnología la teoría neoclásica sólo ofrece cosas que viven en los modelos - “fronteras de posibilidades productivas cambiantes” y cosas por el estilo. [...] La nueva teoría del crecimiento comenzó dentro de esta vía de la tecnología como bien público y se preocupó por conocer de donde provenía la tecnología, pero pronto volvió la mirada atrás y *reconsideró la división inicial del mundo físico que habían hecho los economistas*.» (Romer, 1996: 203-204, cursivas mías). Nueva pausa reflexiva. Fijarse en la frase «división inicial del mundo físico» escrita por los economistas. ¿Reescribe Romer o no reescribe Romer el Libro del Génesis del buen organizador americano? Atentos a continuación a la expresión «comienzan ahora dividiendo el mundo» y a la bobada aparente que le sigue: «Los nuevos teóricos del crecimiento *comienzan ahora dividiendo el mundo* en dos tipos fundamentalmente diferentes de factores productivos que pueden ser llamados ‘ideas’ [sic] y ‘cosas’ [sic]. Las ideas son bienes no rivales que pueden ser almacenados en una *cadena de bites*. Las cosas son bienes rivales con masa (o energía).» (Id.: 204, cursivas mías).

*Finale presto in crescendo à la Adria*: «Con ideas y cosas, puede explicarse como trabaja el crecimiento económico. Ideas de uso no rival pueden ser empleadas para reagrupar cosas, por ejemplo, cuando se sigue una receta y se transforman aceitunas nocivas en aceite de oliva delicioso y saludable. El crecimiento económico surge del descubrimiento de nuevas recetas y la transformación de cosas que las hace pasar de configuraciones con bajo valor a configuraciones con alto valor.» (Id.)

## 2. Innovar y dopar (Estudio Estadio)

Las películas estratégicas del I+D, la calidad total y el comercio de innovaciones llevan un tiempo estando de actualidad, y son, ya desde los años finales del siglo pasado, la última moda en películas económicas no explícitamente bélicas. Excitadísimos admiradores-árbitros de batallitas universitarias por el control de las verdades ocasionadas de la economía, algunos ministros de hacienda ingleses y holandeses y, peor, algún comisario europeo de Bruselas y, peor todavía, algún Secretario del Tesoro de EE.UU., sufrieron la alucinación colectiva -visión política- de encontrarse «actuando en un entorno globalizado». Una nueva economía de la incompetencia imperfecta planetaria, campo de batalla, no, terreno de juego para lo último de lo último en deportes extremos de equipo. Competencia suprema en la que, no importa lo buenos o malos que sean tus compañeros y tus rivales, Superentrenador<sup>TM</sup>, que también es médico, tiene una estrategia infalible para ganar o al menos escapar a la derrota.<sup>3</sup> Como un

---

<sup>3</sup> El término ‘estratégico’ ha de tener un sentido completamente positivo para nosotros... Actuar estratégicamente quiere decir simplemente que una mayor parte de nosotros trabaja en proyectos que son interesantes no sólo para nosotros sino también para otros. (Ronald F. Fox,



juego que empieza como un juego. Es por eso que a los entrenadores que son también teóricos del juego les va tan mal en los deportes de verdad y tan bien en los de mentiras.

Tras décadas de marasmo keynesiano y friatismo monetarista, los artilleros de la política, los economistas políticos, volvían a apuntar las armas monetarias de más grueso calibre, los impuestos y las subvenciones, realeza del arsenal de la violencia fiscal del Estado, sobre el blanco invisible móvil que llaman 'la productividad'. El despliegue evangélico de este postrer desplazamiento de la conciencia colectiva en materia de salvación intramundana lo ilustra a la perfección el texto popular de cierto panfleto europeo (luego *kitsch*) salido de la oficina luxemburguesa hará ahora unos doce años (Comisión Europea, 1994). Y dice el discursito: «Se trata de promover, mediante políticas industriales y comerciales activas que incentiven la innovación tecnológica y la excelencia cualitativa empresarial, la captura, por parte de capitales autóctonos, de mercados exteriores emergentes.» (Léase Hispanoamérica, léase China, léase Marte, léase etcétera).

«Imaginemos que la economía es como un equipo de natación. En este sentido, puede considerarse que conseguir una mejora de los estándares de condiciones de vida es como ayudar a los nadadores a lograr mejores cronos en sus competiciones. Los entrenadores de natación emplean dos métodos para dar a los nadadores un empujón transitorio justo antes de una competición: el afilado y el dopaje sanguíneo. [...] Si el dopaje sanguíneo es como el estímulo monetario, los afilados son como los déficit públicos. Una reducción del entrenamiento puede proporcionar una descongestión temporal, pero impedirá progresar hacia mejores condiciones aeróbicas y mayor fortaleza física. La condición física, la fortaleza y la técnica, todo ello mejora en función de la distancia total que un nadador cubre a nado en la práctica, a lo largo de sus entrenamientos. [...] Un nadador invierte en tiempo de entrenamiento pasado en la piscina del mismo modo en que una economía invierte en capital. No puede seguir mejorando sus tiempos año tras año aplicando solamente un entrenamiento cada vez más duro para mejorar sus condiciones aeróbicas y su fortaleza física. La física de la resistencia acuática y la fisiología del cuerpo humano imponen un límite superior a la velocidad a la que una persona puede moverse a través del agua empleando un estilo de natación particular. [...] Sin embargo, en natación, como en macroeconomía, seguimos observando un mejoramiento continuado de las realizaciones humanas. Desde la década de 1950 hasta la de 1990, el número de récords mundiales que fueron batidos en promedio cada año ha permanecido prácticamente inalterado. Este progreso deriva fundamentalmente de la misma fuente tanto en la natación como en la economía -el carácter acumulativo de las mejoras técnicas. En natación, ha habido una dramática mejora en las técnicas que los nada-

---

director del Laboratorio de Ciencia de los Materiales de Princeton y el Instituto de Física Teórica de la Universidad de California en Santa Barbara, en declaraciones a la revista *Physics Today* en 1995, cit. en Forman, 2002: 139).

dores usan para impulsarse a través del agua. Estas mejoras tienen su exacto paralelo en los progresos llevados a cabo en el campo de las técnicas de producción industrial que han elevado nuestros estándares de vida.» (Romer, 1994).

El impagable libro del periodista económico bostoniano David Warsh, *El conocimiento y la riqueza de las naciones*, un exhaustivo y preciso retrato humano e intelectual del ya largo avatar histórico -dos siglos y cuarto- que conocemos como análisis económico de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, culmina sorprendentemente con un capítulo en el que el gran héroe de la saga moderna de la teoría del crecimiento económico, el profesor estadounidense Paul M. Romer, futuro Premio Nóbel si alguien no lo remedia, es presentado como inventor del último y definitivo producto estrella de la nueva economía del conocimiento: los paquetes de *software* y las plataformas informáticas *on line* específicamente adaptadas a las necesidades pedagógicas de la industria universitaria (Warsh, 2006: 382-397).<sup>4</sup> Contando cómo surgió a finales de los 90, en la mente del profesor Paul Romer, el proyecto de fabricar y comercializar *software* para la universidad virtual, dice Warsh que Romer «decidió que lo que sus estudiantes necesitaban realmente no era un profesor sino un entrenador (*coach*). Por que el aprendizaje superior se parece un montón a los deportes.» (Warsh, 2006: 389). La función del Superentrenador economista (Tollison, 1998: 682-683), entendía Romer, no es, como no lo es en el caso del sargento de los marines ni en el del preparador físico del equipo de natación de la uni, hacerles las cosas más fáciles a sus chicos sino, hacer que experimenten una dureza tal en sus vidas que les sirva como recompensa en sí misma. Pero contrástese el razonamiento anteriormente citado sobre la economía de los récords de natación, con la información que sigue, referida al penúltimo avatar de la lucha sin cuartel actualmente en marcha de las autoridades internacionales contra los métodos de dopaje deportivo:

«Los deportistas que se lo pueden costear y cuyos calendarios se lo permiten, a menudo duermen en altitudes montañosas y durante el día se desplazan a zonas más bajas para entrenarse. Otros utilizan el método moderno: duermen en ‘tiendas de altitud’, con un precio máximo de unos 3.900 euros en Colorado Altitude Training, un importante proveedor. O convierten un dormitorio [en sala hipóxica], para lo cual gastan alrededor de 19.000 euros. Algunos incluso han invertido millones de euros para transformar un edificio entero. [...] Pero puede que la Agencia Mundial Anti Dopaje [AMA] no tarde en prohibir las tiendas y las salas de altitud. La comisión ética de la AMA concluía recientemente que las tiendas hipóxicas violan “el espíritu del deporte”.»

Esto podría suponer, añade la periodista del *New York Times*, que por primera vez la cuestión de la mejora ilegal del rendimiento deportivo salte desde el territorio familiar del consumo de sustancias farmacológicas y la importación de técnicas de

---

<sup>4</sup> Para una exposición del insurgente paradigma tecnoeconómico global de la ‘educación virtual’ cf. Noble (1998).

cuidado hospitalario (esteroides anabolizantes, hormona del crecimiento humano, EPO, autotransfusiones de sangre), a «algo mucho más confuso» (Kolata, 2006), una línea de separación entre distintos métodos de entrenamiento y mejoramiento de resultados que corte literalmente por lo sano. Trazándose fronteras abstractas que, uniendo la genética con la tecnología, separarán a los tramposos de los meros perdedores y pondrán por siempre entre comillas la vieja palabra gloriosa, «campeón».

Una vez descubierta, la hechicería monetaria de las ideas nuevas puede ser utilizada conjuntamente por muchas personas a la vez como factor de producción industrial en todas las vecindades topológicas del mercado sin menoscabo alguno para la magia en sí (Nelson y Romer, 1996). Esta profusión eidética del tráfico mercantil - la marea gris-cognitivo del 'Residuo de Solow'- que no cesa de expandirse y que los macroeconomistas conocen también como «la medida de nuestra ignorancia», es lo que hace elevarse la temperatura productivista global del planeta. Revancha del diabólico Superman desafiado en su propio feudo de ciencia-ficción por el bosque y la montaña.

Las negociaciones finales de la Ronda Uruguay del GATT, concluidas a fines del siglo pasado, estuvieron paralizadas durante casi siete años a causa de dos desacuerdos básicos entre los países desarrollados y los en vía de: el proteccionismo agrícola practicado por los primeros y el proteccionismo industrial-intelectual de los segundos. Pero, mientras que la laxitud mostrada por los negociadores occidentales -sobre todo EE.UU. y la UE- en el debate sobre subsidios y aranceles a la producción agraria sirvió de muro de resistencia contra el desmantelamiento del sector primario en sus irreductibles reductos eurocéntricos, la ávida implacabilidad, estrictamente reptiliana<sup>5</sup>, de los mismos comisionados en todo lo referido a los convenios internacionales sobre marcas, patentes y *copyrights* evidenció al resto del mundo que «estos tíos han debido hacer un pacto con el diablo» (Ryan, 1998; Izquierdo, 1999). La nueva corriente de pensamiento económico conocida como 'Macroeconomía del crecimiento endógeno', que se puso de moda a lo largo y ancho de la academia económica internacional durante la década de 1990 (Sala i Martín, 1995), alimentó, en efecto, en el inicio de este nuevo siglo XXI, una carrera forzada para la implementación gubernativa de novísimos programas administrativo-fiscales que prometen devolver a la Tierra a su estado paradisíaco original: la 'Sociedad del Conocimiento'.

Con el fin de contribuir a alcanzar de manera más eficiente los objetivos finales prescritos por el deseo teórico de sus mayores (la competitividad general y el crecimiento sostenido conjunto de todas las economías nacionales del globo y su correlato inexcusable), la más exacerbadamente *juvenil*, neo-, para- y post-

---

<sup>5</sup> En ausencia de sistemas plenos de recaudación interna de tributos, las haciendas públicas de los países subdesarrollados ingresan mayormente del cobro de aranceles a la importación.

schumpeteriana, generación de macroeconomistas yanquis y menormente europeos se obligó a sí misma a implicarse o enfangarse, según autores, en el proceso político de toma de decisiones. Fue allá por 1992-93, más o menos tras la primera Guerra del Golfo Pérsico, cuando comenzó el asalto de los Larry Summers, Jeffrey Sachs, Joe Stiglitz, Paul Krugman, Paul Romer et. alii. a las salas de juntas del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Tesoro Americano, la Comisión Europea (a través de las personas interpuestas de sus estudiantes italianos, ingleses, holandeses, alemanes, belgas y algún que otro *españó*, minesoto él y más probablemente *català*), el Foro de Davos y el de Portoalegre (sobre todo este último) y todos los parlamentos a los que las empresas multinacionales miembros del gran patronato universitario americano invitan a conferenciar a los ministros de hacienda de sus clientes nacionales más pastueños en el corto plazo. ¡Hasta Xavier Sala i Martín, el amanuense más salado que haya tenido nunca Robert Barro, catedrático de Harvard y ‘reaganomista’ eximio, ha llegado a asaltar la tesorería del F.C. Barcelona!.

El dinero como tal, como fue conocido entre los sumerios y los fenicios y aun entre nuestros padres, comienza poco a poco a disolverse en la salsa pringosa de las cifras de una contabilidad voluntariamente marciana, almizcle impositivo de estadísticas a la carta sobre un lecho de sesos electrónicos y carne humana flambeados al petróleo. La marea gris cognitivo que inunda el planeta paleta. La existencia de cosas sociales como el NAFTA (*North-American Free Trade Agreement*, el Tratado Norteamericano de Libre Comercio), GATT (*General Agreement on Trade and Tariffs*, el Acuerdo General de Aranceles y Comercio), OMC (la Organización Mundial del Comercio) o TUE (Tratado de la Unión Europea), identifica la ofrenda geopolítica a la pavorosa fuerza sobrehumana que ha llegado a adquirir, en un par escaso de milenios, la aritmética de la letra gnóstica. *Secretos oscuros escritos en un pedacito de papel*. El secreto de la riqueza, creen acertadamente los fieles de las iglesias melanesias del *Cargo*, no es sino un cachito del mundo inscrito en caracteres ininteligibles (Izquierdo, 2009).

Así las cosas, los nuevos economicistas en jefe de la Gran Gobernación Democrática Occidental no han tenido más remedio que faltar hacia afuera y designar otro área prioritaria de intervención estratégica de los poderes públicos sobre la actividad comercial y sus mercados. Poniéndole así además, dicen, de paso aunque por fin, nombre al fantasma que habita dentro del fantasma que anima el corazón de la máquina productivista. El *deus ex machina* del *Ultimate Leviathan*, el gran secreto desvelado de su propio éxito a voces: la Universidad. Es en éste más que en ningún otro deporte o concurso internacional, en el que el pueblo estadounidense cree tener los mejores equipos del mundo: los mejor equipados, los más dopados. Por encima del *american football*, del *basket*, del atletismo e incluso de la natación, el deporte por antonomasia de la universidad americana es la investigación científica y sus nóbeles competiciones (Wolfe, 2005). Para los economistas de la generación Star Trek el sistema de educación superior es la perla de gran precio de una

política macroeconómica orientada a producir crecimiento exponencial. La detonación controlada de la piedra filosofal de la economía alienígena, la *productividad*, inflará el producto y la renta reales.<sup>6</sup> Salarios, ahorro, inversión, consumo, empleo, riqueza, comodidad, bienestar, longevidad, calidad de vida, fecundidad. Felicidad. *Todo*. Todo aumentará al unísono y de golpe una vez que *todos* nos demos cuenta del hecho de que la educación universitaria debería ir haciéndose, progresivamente, *obligatoria* para el ciudadano y la ciudadana adultos. *Lifelong learning*: aprendizaje vitalicio recomiendan los *money doctors* locales.<sup>7</sup>

En sus ensueños más lúbricos, el prototípico fiel supernumerario del credo *techie* se imagina estableciendo un sistema más o menos complejo de monopolios empresariales virtuales (editoriales electrónicas y sociedades de gestión de derechos de propiedad intelectual y demás tributos digitales) para gestionar comercialmente la obligación legal *de facto* de educarse ‘superiormente’ (Mirowski, 2008). Una vez revelado en papel y tinta, el secreto a voces de la necesidad económica de una educación superior obligatoria de masas corre como la pólvora de boca de asesor a oreja de ministro. Ya está ocurriendo: la imposición educativa está pasando de curso (*graduating to the next level*). Al colegio nocturno de enseñanza libre le están pegando el salto mutante hacia el vacío evolutivo del *casting*-oposición (Eymard-Duvernay y Marchal, 1997), lujo supremo de un sistema integrado, carísimo y absurdamente eficaz, de procedimientos examinadores estatalmente certificados de selección de personal. La caravana publicitaria del proyecto tecnoeconómico de la *cargociencia*<sup>8</sup>, la oficina omnímoda de reclutamiento laboral, inicia su marcha real por el viejo mundo universitario con su carga de títulos nobiliarios recalificados: Erasmo, Eureka, Leonardo, Sócrates, Cajal, Cisneros, De la Cierva...

---

<sup>6</sup> En la fórmula sucinta del economista David Vegara, Secretario de Estado de Economía del primer gobierno Zapatero: «El crecimiento de los salarios reales a largo plazo depende fundamentalmente de la productividad. Ésta es la razón por la que el Gobierno ha hecho del impulso de esta variable el eje fundamental de su política económica, que en su vertiente presupuestaria se ha materializado en importantes esfuerzos en materia de educación, I+D+i e infraestructuras.» (Vegara, “Salario medio, poder adquisitivo y productividad”, *El País*, 30/06/07, 85).

<sup>7</sup> Véase la entrevista con Mark Spellman, director de estrategia de la división europea de Accenture (de soltera, esto es, antes del escándalo Enron, Arthur Andersen), la gran multinacional de la consultoría de gestión, en J. Velázquez-Gaztelu, “Suspense en economía del conocimiento”, *Negocios*, suplemento *El País*, 25/03/07, 16. También J. Estefanía, “La universidad y el capital humano”, *Domingo*, suplemento *El País*, 10/12/06, 13.

<sup>8</sup> «[E]l saber está relacionado del modo más íntimo con la función devota de la comunidad.» (Veblen, 1995 [1899]: 370). El término *cargociencia* fue acuñado por el Premio Nóbel de física Richard P. Feynman en una conferencia titulada “Adorar los aviones” (1976) donde examinaba el trabajo de los científicos naturales en ausencia de libertad investigadora (Feynman, 1987: 392ss.)

Volviendo a desplegar los potingues de la botica walrasiana sobre nuevas superficies útiles al tanteo y el regateo, la serie de conferencias diplomáticas de la Ronda de Doha, empananadas actualmente en sus pantallas bajo el patrocinio de la OMC<sup>9</sup>, coronarán al *Star Trek economist* en el trono de Prometeo. Nada resiste ya el avance de la marea gris-cognitivo. Claro que también hay otra forma de ver las cosas.

### 3. Keynes iba en serio cuando comparó la competencia económica con un concurso de belleza<sup>10</sup>

Al fabuloso economista británico John Maynard Keynes (Cambridge, 1883-Londres, 1946), profesor universitario, especulador bursátil y hombre de estado en la sombra del naciente imperio mundial, le divertía sostener que, si uno quisiera realmente solucionar el problema del desempleo involuntario, bastaría con contratar a los desempleados para que enterraran un millón de botellas de champaña a cien metros bajo tierra y volverles a pagar al día siguiente para que las desenterraran. Es éste un chiste bien conocido por todos los economistas, que tal vez por eso nunca se lo han tomado en serio. Por eso o porque no han caído en la cuenta de la interesante conexión que puede trazarse entre la gracia en cuestión y otra famosa excentricidad paralela de quien ha sido considerado unánimemente el economista más influyente del siglo XX.

---

<sup>9</sup> J.P. Velázquez-Gaztelu, “La hora de la verdad del comercio mundial”, suplemento *Ne-gocios*, *El País*, 01/07/07, 77.

<sup>10</sup> Swedberg (1991) ha distingue dos corrientes históricas principales en el campo de la sociología económica: una tradición estructuralista y otra culturalista. Los sociólogos estructurales de la dinámica económica (pongamos Karl Marx entre los clásicos, Harrison White entre los neoclásicos) abordan los objetos tradicionales de la economía política - explotación, competencia- con ayuda de nuevas variables (poder, capital social). La sociología culturalista de la economía (*Filosofía del dinero* de Georg Simmel [1900] sería el gran trabajo clásico inspirador de estudios contemporáneos como los de Viviana Zelizer) se interesa en cambio por temas de investigación radicalmente alejados del foco materialista, así el arte o la muerte en su relación conflictiva con los valores mercantiles y pecuniarios. Es entendible, entonces, que un estudio como el de Zelizer (1981) sobre el rechazo moral generalizado con el que fueron recibidas las primeras pólizas de seguros de vida, precise referentes teóricos y empíricos más variados que otro sobre estrategias de señalización empresarial en mercados industriales con estructuras de red altamente centralizadas (Harrison, 1980). Puesto que mi argumento en este apartado se reclama inspirado en la tradición culturalista de la sociología económica, creo que el eclecticismo o dispersión observada en cuanto a las fuentes empíricas y las perspectivas teóricas que aquí se van a manejar se justifica igualmente en razón de la enorme distancia ‘académica’ que debe recorrer cualquier solución parsimoniosa candidata a resolver el acertijo que plantea la coexistencia contemporánea entre dos polos culturales tan aparentemente opuestos como la “sociedad del conocimiento” y el “*kitsch* de masas.”

En el capítulo central de la obra que le dió fama mundial, aquel donde examinaba el problema de las expectativas de rentabilidad a largo plazo, Keynes describía el comportamiento de los operadores financieros equiparándolo con el de los miembros del jurado de un concurso de belleza -«la inversión por profesionales puede compararse a esos concursos de los periódicos en que los concursantes tienen que seleccionar las seis caras más bonitas entre un centenar de fotografías, ganando el premio aquel competidor cuya selección corresponda más aproximadamente al promedio de las preferencias de los competidores en conjunto.» (Keynes, 1965 [1936]: 142-143). Para acertar el ganador, cada tribuno debe pronosticar cual será la opinión media del jurado sobre... la opinión media del jurado. Medio siglo después, un grupo de estudiosos de la geopolítica de las identidades colectivas decidieron recorrer en sentido inverso la senda metodológica trazada por Keynes proyectando de vuelta la poderosa imagen modernista de la especulación bursátil -disfrazada con ropajes estadísticos a la moda, tipo análisis de redes y similares- sobre el más famoso de los certámenes culturales organizados por la asociación europea de antenas de televisión (Yair y Maman, 1996; Haan, Dijkstra y Dijkstra, 2005; Fenn et. al., 2005). De hecho, el modelo keynesiano de análisis económico auto-organizativo o evolucionista de las normas convencionales (Dupuy, 1989; Young, 1996) subyace también implícitamente en la controversia científica sobre el significado de los diversos diseños y resultados experimentales que produce en la actualidad la investigación psicobiológica y antropológica sobre la senda evolutiva del atractivo físico en los humanos (Gangestad y Scheyd, 2005; Renz, 2007).

Durante su época universitaria Keynes fue miembro del cogollito selectísimo de los estudiantes de Cambridge, un círculo escogido de pijos estetas conocido como 'los Apóstoles' o 'la religión de Moore', cuyo líder espiritual era el filósofo profesor G.E. Moore. Por cuanto desde su gran promontorio se avistaba la tierra largamente prometida de un estoicismo secular hecho y derecho, la prédica del hedonismo monástico de Moore, momento cumbre de la interminable transición desde la teología escolástica a las ciencias sociales que dejó marca en varias generaciones de universitarios de Cambridge, vacunó al joven Maynard contra el dogma utilitarista sostenido por los ancianos de la tribu -«El dinero no crece en los árboles»- que guía y organiza, desde Bentham, la ortodoxia anglosajona del pensamiento académico y la profesión civil en materias económicas (Skidelsky, 2003: 90-92).

Algunos años más tarde, prisionero en el laberinto cortesano de Versalles, el profeta *cargo* de Eton-Cambridge, poseído por el espectro visionario de la destrucción, sintió en los huesos el fuego frío de los acontecimientos históricos «marchando hacia un término fatal, extraño e indiferente a las cavilaciones de los estadistas en Consejo», premonición de aquel penúltimo contraataque de la destinalidad planetaria que habría de ser conocido como Segunda Guerra Mundial (Keynes, 1987 [1919]: 10-11). Desatada y vuelta a atar la tormenta terrible de la guerra franco-alemana, en el descampado armisticial de estos sesenta años y pico de *pax americana* los ministros de hacienda y los banqueros centrales de los países más ricos de la Tierra han seguido, más o menos al pié de la letra, el espíritu de la heterodoxia keynesiana, la más exitosa secta *mix*, monetaria y fiscal, de las nuevas

religiones civiles de la carga. Circunspectos prohombres piradísimos de la alta contabilidad de Estado invocan semanalmente, en reunión a puerta cerrada precedida de sesión fotográfica y seguida de nota de prensa, al leviatán planetario de dos cabezas: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Estos dioses gemelos del entrapamiento perfecto fueron paridos por el humorista maquinal (*the machine* le apodaron sus compañeros del Eton College) durante la serie sin fin de reuniones tediosísimas asociadas al nombre de Bretton Woods, gigantesca reserva natural del parque nacional White Mountain de New Haven, Connecticut, que Lydia Lopokova, la bailarina rusa que logró por fin desposar a Maynard, definió como un «cruce entre Suiza y Escocia.» (Skidelsky, 2003: 762).

Como colofón final de la Segunda Guerra Mundial, Keynes proveyó así a la insurgente élite tecnocrática de *international civil servants* de un amplio repertorio de trucos de malabarismo administrativo con los que debería ser posible recuperar los grandes tesoros perdidos de los imperios antiguos. La hechicería del corto plazo, medalla de oro de la olimpiada escapista, fue luego programada litúrgicamente (esto es, técnicamente) en forma de ‘ecuaciones estructurales’ y modelos estadísticos de ‘optimización de series temporales’ (Bodkin, Klein y Marwah, 1991; Viñals, 1997) por los hijos de los hijos de los discípulos menos amados del maestro, que ciertamente no gustaba él mismo de escribir hojas de instrucciones para blanquear números en la lavadora bancaria sino ingeniosas reflexiones filosóficas. Resultaron de esto un conjunto de ceremonias especiales para espantar *por el momento* (“en cien años, todos calvos” *elemental, dear*) los demonios siameses del atesoramiento y la holganza. La magia simpática de la economía keynesiana consiste, pues, en preparar propiciatoriamente, mediante la construcción incesante de puertos, aeropuertos, autopistas, almacenes, comercios, hoteles y apartamentos, la llegada del cargamento ancestral que viene del otro lado del océano cósmico. Y, simultáneamente, invocar, a través de la dura prueba hedonista del alegre gasto ininterrumpido -el despilfarro- al espíritu volcánico de la demanda explosiva que mora en el submundo de la isla-aldea global: el petróleo sexual, combustible *camp* de la felicidad viajera, genio marica descubridor del plástico de la belleza.

«¿Existe alguna relación íntima y necesaria entre literatura de viajes y homosexualidad? ¿Hay algo en los orígenes o la estructura del género que señale hacia la homosexualidad, o algo en la homosexualidad que la conduzca a satisfacerse intrínsecamente de manera viajera? Seguramente esto último sería lo más justo, sin que ello implique ninguna necesaria plasmación de la expresión sexual nómada en forma literaria. [...] ¿Habría pues que imaginar una homosexualidad larvada en Polo, Mandeville o Colón -cosa que unos cuantos no serían del todo contrarios a admitir confirmando con ello la consabida erotomanía homosexual? ¿O tal vez, más bien, habría que admitir que hay algo implícito en la esencia misma del género que sólo se colma cuando el contenido del libro de viajes está dirigido por un interés homosexual? Sería ésta una última solución cuasi-hegeliana que sin embargo dejaría abierto el problema de definir la esencia “en-sí” del género de viajes: ¿podría ser ésta, quizás, el interés “vital” por lo exótico, entendiendo por vital algo en lo que le



va la vida al protagonista? Y en este “írle la vida” ¿por qué los motivos habrían de ser precisamente sexuales?» (Cardín, 1990: 157-158).

Caracterizado a bote pronto, el gusto *camp* implica una atracción exagerada, paródica, por la oficialidad cultural retraducida como belleza de plástico. En su estado intelectualmente más desarrollado, lo *camp* se asocia con la innovación de eventos de felicidad convencional brutalizada o ‘momentos de amor extremo’ (Lasén, 1993) por parte minorías sexuales oprimidas (gays, lesbianas y transexuales) y con la escalada del descuento llamativo y chillón (oropeles, purpurina, lentejuelas, plastición de colorines, estribillos pegadizos, coros celestiales, subidones rítmicos... sonrisas mimosistas y lágrimas de juguete) que ocurre como subproducto de este frenesí subversivo-compensador. El consumismo tendencialmente exacerbado -del cual el gasto turístico es un capítulo mayor- acaba, así, convirtiéndose en uno de los elementos constitutivos de esta singular estética filosófico-política tal como se articula teóricamente en los discursos del movimiento *queer* internacional, que en castellano se ha vertido diferentemente como ‘teoría marica’, ‘rarita’ o ‘torcida’ (Cardín, 1993). Junto con la gala de entrega de los Oscars de Hollywood, el otro gran momento anual para la enorme ‘masa rítmica’ (Canetti, 2000: 26-33; Lasén y Martínez de Albéniz, 2001) virtual que conforma la audiencia televisiva del *camp* internacional es el Festival de la Canción de Eurovision (Lemish, 2004), producción panteatral de promesas teológicas de belleza, bondad y baratura universales □“La vida debería ser como una canción de Abba” □ cuyos efluvios petroquímicos farmaco-pornográficos surcan los mares del planeta a bordo de cruceros de placer, penetrando en las salas de fiesta y pistas de baile de todas sus cuidades.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> «Entre [las actuaciones] que han tenido lugar esta semana [en la Celebrity Show Lounge, la sala de fiestas del crucero de lujo *Nadir* que recorre en visita turística el mar y la costa del Caribe] se cuentan un cómico vietnamita que hace juegos malabares con motosierras, un dúo de marido y mujer especializado en *medleys* de amor de Broadway, y, sobre todo, un cantante imitador llamado Paul Tanner, que simplemente causó una impresión enorme en Trudy y Esther, y cuyas imitaciones de Engelbert Humperdinck, Tom Jones y en especial Perry Como resultaron al parecer tan conmovedoras que por votación popular se ha programado sobre la marcha una Segunda Tanda de Bises a cargo de Paul Tanner para después del culminante Show de los Pasajeros de mañana por la noche.» (Foster Wallace, 2001: 401). El concepto de capitalismo farmaco-pornográfico se pretende como «fabulación distópica de este nuevo poder del capitalismo global para fabricar la megafurcia y el megapollón.» (Preciado, 2008: 42). Ya a principios de la década de 1970, el filósofo francés Jean-François Lyotard vino en proponer, en un texto indescifrable escrito con el inconfundible estilo psicoanalítico-marxista marca de la casa del ensayismo post-estructuralista parisino por entonces emergente, la conversión del arte de correrse de gusto en el objeto propiamente dicho de la ciencia económica (Lyotard, 1990). Más o menos por las mismas fechas, el retrato a cielo abierto del orgasmo masculino -instantánea fílmica conocida indistintamente en la jerga del negocio bajo los nombres de “toma de la carne” (*meat shot*), “secuencia de la corrida” (*cum shot*) o “plano de los billetes” (*money shot*) (Williams, 1999: 83)- estaba siendo efectivamente transformado en materia especialmente avanzada de análisis empresa-

En sincrónica convergencia histórica y deliciosa armonía musical con los gigantes festivales neo-paganos de la juvenil estación californiana del verano del amor, las ancestrales recetas ceremoniosas del libro nacionalcatólico de la adoración cargoista de la gratuidad comenzarán a bullir de aromas alimenticios al suave calor azul de las cámaras y micrófonos televisivos. En la tarde-noche del día 6 de abril de 1968, la British Broadcasting Corporation transmite hacia el continente, desde el teatro Royal Albert Hall de Londres, las señales de imagen y sonido de la treceava edición del Festival de la Canción de Eurovisión. De aquel primer episodio en color del concurso pantelevisivo europeo salió vencedora la composición “La, la, lá”, cantada por la mala chavala, una titi semisalvaje «disfrazada de muñequita norteamericana» (Palomino, 1980: 18) en representación de la Radio Televisión Española. Puesto que, con los años, el componente de publicidad turística adherido a esta gran celebración televisiva ha ido haciéndose cada vez más explícito e importante (hasta el punto de que los anuncios promocionales de las ‘maravillas’ que ofrece al viajero el país organizador de turno, ‘destino maduro’ o, cada vez más frecuentemente, ‘nuevo destino’, compiten ahora entre canción y canción por cada segundo de emisión), es fácil interpretar, retrospectivamente, el verdadero significado de la victoria de Massiel en Eurovisión’68: jugada alucinante de RTVE, pieza maestra del desternillante organigrama de aquel Ministerio de Información y Turismo de finales de la década de 1960<sup>12</sup>, verdadera sala de máquinas del *Toro*, el inmenso crucero turístico que, weberianamente capitaneado por ese gran practicante y aun más grande teórico del culto al *trip*, Don Manuel Fraga Iribarne, comenzaba a surcar, viento en popa a toda vela, las procelosas aguas del Mar de la Historia Político-Económica Universal.<sup>13</sup>

---

rial (Foster Wallace, 2008) por obra y gracia de la naciente industria estadounidense de producción de películas porno y de su taquillazo-escándalo fundador, el filme *Garganta profunda* (Gerard Damiano, 1972).

<sup>12</sup> «A Massiel se la recibió en Madrid como heroína nacional y se la paseó en calesa, digo en coche descapotable, por las calles madrileñas hasta los estudios de Prado del Rey, donde le esperaban las más altas instancias del Ente televisivo. Gracias a su valentía, arrojo y desparpajo con el que pudo doblegar a sus adversarios en la dura batalla por el triunfo en Londres, se le concedió el Lazo de Isabel la Católica, pero nunca se lo impusieron, porque la Tanqueta de Leganitos se negó a ir al Pardo a recogerlo.» (Ayllón et. al., 2004: 35).

<sup>13</sup> Así pasó, según letra propia, aquellos días de abril del 68 en su camarote de lujo del transatlántico *Toro*, el ministrado español: «Martes 2 [de abril de 1968]: empiezo un intenso viaje a Estados Unidos, hasta el 17. En Nueva York, me informan de que Massiel ha triunfado en Eurovisión; Washington; San Luis, el mismo del asesinato de Martin Luther King [...]; San Antonio (Texas), donde se inauguraba la Hemisfair 68, y teníamos un buen pabellón. [...] El domingo, 7, se celebró, con gran brillantez, el día de España en la Feria. [...] Por aquellos días, graves incidentes estudiantiles en Alemania, después del atentado contra Rudy Duschke, *el Rojo*. Franco pescando en el río Eo. [...] Regreso el miércoles 17; piquetes estudiantiles e incidentes de prensa. [...] Lunes, 22: almuerzo agradable con una misión



**[Festival de Eurovisión *Estambul 2004*: actuación española emitida entre dos bloques de imágenes promocionales de los atractivos turísticos de Turquía]**

El Festival de Eurovisión, el más renombrado templo mundial del sincretismo festivo *pop*, *kitsch* y *camp*, ofrece a sus fieles, bufones de la vida, maltrechos, perversos y santos, la resolución transitoria, siquiera por un par de horas, de todas las aporías pavorosas de la vida económica: las distinciones paradójicas entre auténtico y falso, bueno y malo, bonito y feo, ordinario y extraordinario, serio y ridículo, valioso e inútil, caro y barato, original y parodia, arte y patochada, persona y actor, éxitazo y venganza, bombazo y gatillazo... Es con la ayuda de los finísimos hilos desechables de estas comparaciones odiosas entre las palabras, las cosas y las personas singulares con la que tejemos y destejemos, a cada instante, la tela comercial de las realidades intercambiables. Merece la pena citar aquí en extenso los argumentos expuestos en un reciente editorial periodístico al objeto de «contribuir a dinamitar un festival deplorable» mediante el ensalzamiento del gusto de la mayoría televotante que eligió al representante español de la edición de 2008 del Festival de la Canción de Eurovisión, a la sazón un actor (humorista) de televisión (David Fernández) disfrazado de (una parodia de) cantante de Eurovisión (Rodolfo Chikilicuatrecuatro) que canta (una parodia de) canción de Eurovisión (*Baila el chikichiki*).

«*Baila el chikichiki* es una parodia, una construcción humorística concebida para resumir lo más mugriento de la música mal llamada *popular* y ofrecerlo en directo a los espectadores de un programa de televisión. Resulta inapropiado analizar el producto paródico como una canción *stricto sensu*; y ridículo arrojarse a lúgubres lamentaciones por el hecho de que esta patochada vaya a representar a España en el

---

turística de Rumanía. [...] Martes, 23: toma posesión [de la Universidad Central de Madrid] el rector Botella, y propone un Claustro General. Comienza la semana de Portugal. Miércoles, 24: dimisión del presidente y la mayoría de los miembros de la Junta Nacional de Acción Católica. Cena homenaje a Massiel: joven, lista, ambiciosa.» (Fraga Iribarne, 1980: 219-220).

Festival de Eurovisión. [...] Resulta una falsificación consciente del envilecimiento consentido del pop... pero, en términos musicales, el esperpéntico baile de Rodolfo Chikilicuatre está aproximadamente al nivel de las torturantes melopeas que ha llevado España a Eurovisión en los últimos veinte años. La cuestión es si Eurovisión merece algo más que una bufonada. Nadie, a excepción de los sumos sacerdotes del festival –en España sobreviven unos cuantos–, respondería que sí. En Eurovisión anidan el mal gusto, la música de metacrilato, el pop-rock de garrafón y baladas que parecen balidos. Esta pesadilla de lentejuelas y presentadoras de sonrisa troquelada no tiene redención posible. Chikilicuatre es un vengador. Los votantes del aquelarre del sábado –*Salvemos Eurovisión* se llamaba– quieren ajustar las cuentas con el festival más hortera de la galaxia enviando una impostura, un actor caracterizado de cantante tronado con una guitarra de juguete. El cálculo subconsciente de la hinchada chikichiki es más o menos como sigue: si con canciones azucaradas, jolgorio flamenco y voces atronadoras no conseguimos ganar, facturemos a Chikilicuatre; así sabrán lo que pensamos de Eurovisión y contribuimos a dinamitar un festival deplorable. A ver si hay suerte.»<sup>14</sup>

Miembros conspicuos del ala de universitaria de la internacional de “sumos sacerdotes del festival”, tratan, en efecto, de probar que el análisis estadístico de las votaciones en ese «festival de bufones del reino que es el Concurso de la Canción de Eurovisión, nos revela más cosas sobre reinos que sobre bufones.» (Yair, 1995: 150).

La otra cara económica de la moneda del *kitsch* de masas keynesiano ya no es conocida: el deporte schumpeteriano de la “destrucción creativa”. El imperio de la innovación, la ‘sociedad del conocimiento’: bajo este exitoso eslógan publicitario se esconde en realidad un gigantesco almacén de sustitutos tecnocráticos de la curiosidad, la paciencia, la fantasía, la neurosis y la psicosis científicas. Herramientas microeconómicas de gestión y evaluación de la actividad investigadora implantadas en el cuerpo social como prótesis, síntesis y extensiones algorítmicas del recuerdo creador de mundos. Extraviada dentro de la topología socio-analítica laberíntica de las redes, los proyectos, los proyectos de redes y las redes de proyectos (Boltanski y Chiapello, 2002), la discapacidad soñadora del cuerpo inconsciente, sexuado, sigue hoy, como siempre, jugando indiferente a encontrar el botón que pone en danza a la máquina. Y sin embargo, pese a la cotidianidad laboral terrible que llega a imponer el “multiplicador” schumpeteriano de la oferta productiva, diabólico programa *curri* de obras públicas intangibles y perfectamente inacabables (la información, el conocimiento)<sup>15</sup>, es la segunda parte de la mágica receta cargo-económica (Izquierdo,

<sup>14</sup> “La venganza de Chikilicuatre”, pieza editorial publicada en la sección ‘El Acento’ del diario *El País*, Madrid, 11/03/08, 44.

<sup>15</sup> En la serie televisiva de marionetas infantiles *Los Fraguel* (*Fraggle Rock*, una creación de Jim Henson para la cadena HBO, 1983-1987) aparecían una especie de hormiguitas

2009) para la felicidad creciente, el toque específicamente keynesiano de los cubitos *camp* que permiten espesar la salsa de la demanda hasta bordear el límite del fango consumista, la que, para una sección siempre significada (para bien o para mal) de la población, supone la renuncia más dura de todas.

Y ello por cuanto demanda, como muy bien sabía el viejo zorro altosodomita de ‘Pozzo di Borgo’<sup>16</sup>, sacrificar en la hoguera del parque de atracciones su querencia troglodita por el aislamiento y la larga contemplación terminable. Abandonar todo pensamiento de palabra y obra que precise, para su ejecución, incurrir en el derroche inconscientemente viril, inaceptablemente ahorrista, del ocio solitario e improductivo, que no ingresa ni gasta: dibujar caras familiares sobre las nubes de paso o formas arquetípicas en el cielo estrellado, soñar despierto y soñar dormido. Y aun de la desaparición ontológica pura y dura del *dormir-sin-soñar*, verdadera cara oculta del tesoro de la espera, a la que se accede durante ese anónimato vegetativo, a un tiempo abisal, alienígena y radicalmente terrenal, que mi abuela llamaba “quedarse como un cesto” (Anton, 2006: 195).

Por todo ello, ciertamente, la conmoción silenciosa del sistema social tradicional de ajuste microestructural entre los sexos (Goffman, 1977) que ha producido el doble sesgo *curri-camp* de la versión keynesiana del arquetípico Mundo Feliz puede equipararse con la expresamente ocasionada por los movimientos de liberación sexual y de género (feminismos) surgidos en la década de 1960. El cineasta catalán Bigas Luna plasmó admirablemente este espíritu económico postmoderno en el personaje de Benito-Benidorm de su filme *Huevos de oro* (1993). Nótese que Benito González, el hortera promotor urbanístico pirata<sup>17</sup> del filme a quien da vida Javier Bardem, no tiene hijos. Un retrato cinematográfico paralelo de la segunda

---

humanoides de color verde, los Curris (*Doozers*), que compartían el hábitat de la cueva de Fraguel Rock con los propios Fraguel; y mientras los Fraguel encarnaban, en trazo, la escala de la humanidad evolucionada -un grupo amical de individuos independientes, creativos y algo neuróticos-, los Curris eran presentados como una raza, más numerosa, de pequeños constructores robóticos programados para perseverar indefinidamente en la conclusión de una obra de albañilería inacabable... pues servía de alimento a sus vecinos.

<sup>16</sup> Durante sus años de estudiante en Cambridge, Keynes y su amigo Lytton Strachey elaboraron una postura teórica -‘alta sodomía’ (*Higher Sodomy*) lo llamaban- que sostenía que las mujeres eran seres inferiores tanto física como mentalmente y que el amor por los jovencitos era, por tanto, éticamente superior (Skidelsky, 2003: 82). Sería el mismo Strachey quien, en revancha tras varios desaires amorosos, comenzó a referirse a Keynes en su correspondencia privada como ‘Pozzo di Borgo’, la alcantarilla humana (*the Pozzo man*), o ‘Pozzo’ a secas, en tono cariñoso (id., 119).

<sup>17</sup> Durante las décadas de 1960-1970, ciertos promotores de las nuevas urbanizaciones turísticas en la costa del levante español «se saltaban la ley dando a los funcionarios cómplices falsos planos de arquitectos y, en algún caso extremo, ofreciendo fotografías de rascacielos europeos sacadas de abajo arriba para disimular el emplazamiento.» (Pack, 2009: 262).

sacudida puede encontrarse en filmes como *El declive del imperio americano* (Denys Arcand, 1986) -así como su secuela *Las invasiones bárbaras* [Arcand, 2003]- o *La tormenta de hielo* (Ang Lee, 1997).

## 6. Bibliografía

- Anton, C. (2006). "Dreamless Sleep and the Whole of Human Life", *Human Studies*, 29, 181-202.
- Ayllón, J. et. al. (2004). *Eurovisión, un fenómeno paranormal*, Madrid, Alfasur.
- Besen, S. y Raskind, L. (1991). "An Introduction to the Law and Economics of Intellectual Property", *Journal of Economic Perspectives*, invierno, 3-27.
- Bodkin, R.; Klein, L. y Marwah, K. (1991). *A History of Macroeconometric Model-Building*, Aldershot, Edward Elgar.
- Boltanski, L. y Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- Boyle, J. (1996). *Shamans, Software and Spleens*, Cambridge, Harvard University Press.
- Canetti, E. (2000). *Masa y poder* [1960], Madrid, Alianza.
- Cardin, A. (1990). "Literatura de viajes y homosexualidad", en *Lo próximo y lo ajeno*, Barcelona, Icaria, 157-167. (1993), "Unamuno y Bárbara" [1985], en *Un cierto psicoanálisis*, Madrid, Libertarias, 45-52.
- Comisión Europea (1994). *Libro blanco sobre la producción, la competitividad y el empleo*, Bruselas y Luxemburgo, Oficina de Publicaciones de las Comunidades Europeas.
- Dezalay, I.; Trubek, D.; Buchanan, R. y Davis, J. (1994). "Global Restructuring and the Law: Studies in the Internationalization of Legal Fields and the Creation of Transnational Arenas", *Case Western Reserve Law Review*, 44(2), 407-498.
- Dupuy, J.P. (1989). "Common Knowledge and Common Sense", *Theory and Decision*, 27(1), 37-62.
- Eymard-Duvernay, E. y Marchal, E. (1997). *Façons de recruter*, París, Métaillé.
- Fenn, D. et. al. (2005), "How does Europe Make its Mind Up?", *arXiv:physics*, 10/05.
- Feynman, R. (1987). *¿Está Ud. de broma Sr. Feynman?*, Madrid, Alianza.
- Forman, P. (2002). "Recent Science. Late modern and post-modern", en Mirowski y Sent (eds.), *Science Bought and Sold*, Chicago, University of Chicago Press, 109-148.
- Foster Wallace, D. (2008). "Gran Hijo Rojo", en *Hablemos de langostas*, Barcelona, Mondadori, 9-68. (2001). *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*, Barcelona, Mondadori.

- Fraga Iribarne, M. (1980), *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta.
- Gangestad, S. y Scheyd, G. (2005). "The Evolution of Human Physical Attractiveness", *Annual Review of Anthropology*, 34, 523-48.
- Georgescu-Roegen, N. (1986). "Man and Production", en Baranzini y Scazzieri (eds.), *Foundations of Economics*, Oxford, Basil Blackwell, 247-280. (1996). *La ley de la entropía y el proceso económico*, Madrid, Visor.
- Goffman, E. (1977). "The Arrangement Between the Sexes", *Theory & Society*, 4, 301-31.
- Griliches, Z. (1996). "The Discovery of the Residual: A Historical Note", *Journal of Economic Literature*, septiembre, 1324-1330.
- Grossman, G. y Helpman, E. (1994). "Endogenous Innovation and the Theory of Growth", *Journal of Economic Perspectives*, invierno, 23-44.
- Haan, M.; Dijkstra, S. y Dijkstra, P. (2005). "Expert Judgment Versus Public Opinion: Evidence from the Eurovision Song Contest", *Journal of Cultural Economics*, 29, 59-78.
- Izquierdo, J. (2009). "Economía, la religión de la carga", documento inédito, UNED.
- (2002), "Conectar, calcular, juzgar. Del análisis de redes como fenómeno sociológico", *Papers*, 68, 191-214. (1999), "De la globalización económica como forma de violencia simbólica", *Cuadernos de relaciones laborales*, 15, 139-179.
- Keynes, J. (1987). *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica.
- (1965). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México DF, FCE.
- Kolata, G. (2006). "Estímulo desde las alturas que podría ser prohibido", *The New York Times*, suplemento *El País*, 24/08, 14.
- Lasen, A. (2003). "Notas de felicidad extrema", *Papeles CEIC*, 9, accesible en línea en <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/9.pdf> (visitado 18/06/08). y Martínez de Albéniz, I. (2001). "El tecno: variaciones sobre la globalización", *Política y Sociedad*, 36, 129-149.
- Lemish, D. (2004), "«My Kind of Campfire»: The Eurovision Song Contest and Israeli Gay Men", *Popular Communication*, 2, 41-63.
- Lyotard, J.F. (1990), *Economía libidinal* [1974], Buenos Aires, FCE.
- Lucas, R. (1993). "Making a Miracle", *Econometrica*, 1993, marzo, 251-272.
- Mirowski, P. (2008). *The Viridiana Jones Chronicles*, accesible en línea en <http://www.ssrc.org/blogs/knowledgerules/category/the-viridiana-jones-chronicles> (visitado 5/08/08). (2002). *Machine Dreams: Economics Becomes a Cyborg Science*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Nelson, R. y Romer, P. (1996). "Science, Economic Growth & Public Policy", *Challenge*, mayo.

- Noble, D. (1998). *Factorías de diplomas digitales*, accesible en línea: <http://firgoa.usc.es/drupal/node/22428> (visitado 28/06/08).
- Pack, S. (2009). *La invasión pacífica*, Madrid, Turner.
- Palomino, A. (1980). *Los que se quedaron*, Barcelona, Planeta.
- Preciado, B. (2008). *Testo yonqui*, Madrid, Espasa.
- Renz, U. (2007). *La ciencia de la belleza*, Barcelona, Destino.
- Romer, P. (1994). "Beyond Classical and Keynesian Macroeconomic Policy", *Policy Options*, julio. (1996). "Why Indeed in America? Theory, History and the Origins of Modern Economic Growth", *American Economic Review*, 86 (2), 202-206.
- Ryan, M. (1998). *Knowledge Diplomacy*, Washington, DC, Brookings Institution.
- Sala i Martín, X. (1994). *Apuntes de crecimiento económico*, Barcelona, Bosch.
- Skidelsky, R. (2003). *John Maynard Keynes 1883-1946*, Londres, Penguin.
- Solow, R. (1992). *La teoría del crecimiento*, México DF, FCE.
- Swedberg, R. (1991), "Major traditions of economic sociology", *Annual Review of Sociology*, 17, 251-276.
- Tollison, R. (1998). "Deportometría", en Henderson (ed.), *Enciclopedia Fortune de economía*, Barcelona, Folio, 682-684.
- Veblen, T. (1995). *Teoría de la clase ociosa*, México DF, FCE.
- Viñals, J. (ed.) (1997). *La política económica y la inflación en España*, Madrid, Alianza.
- Warsh, D. (2006). *Knowledge and the Wealth of Nations*, Nueva York, Norton.
- White, H. (1980). "Where Do Markets Come From?" *American Journal of Sociology*, 87, 517-47.
- Williams, L. (1999). *Hard Core*, Berkeley, University of California Press.
- Wolfe, T. (2005). *Soy Charlotte Simmons*, Barcelona, Ediciones B.
- Yair, G. (1995). "Unite Unite Europe: The Political and Cultural Structures of Europe as Reflexed in the Eurovision Song Contest", *Social Networks*, 17, 147-161. y Maman, D. (1996). "The Persistent Structure of Hegemony in the Eurovision Song Contest", *Acta Sociologica*, 39, 309-325.
- Young, H.P. (1996), "The Economics of Convention", *Journal of Economic Perspectives*, 10 (2), 105-122.
- Zelizer, V. (1981); *Morals and Markets: The Development of Life Insurance in the United States*, New Brunswick, Transaction.
- Keynes, J. (1987), *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica. (1965), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, México DF, FCE.